

LIBROS

Félix de Azúa:
Del poder
y del nombre

Al final, cuando la investigación ha concluido, Hugo puede dictaminar culpable. Apenas a sus pies, tras doscientas páginas de ese especial filtro del tedio cotidiano pasado por el monólogo interior y la reflexión externa y aguda, Hugo puede asegurar que él "era un hombre sin principios. Todo lo utilizó en provecho propio, arruinando la vida de aquellos que se le acercaron para darle calor y compañía, pues él despreciaba esas ventajas y sólo le interesaba el poder". Termina una novela, *Las lecciones suspendidas* (1), en la que Félix de Azúa, además de recorrer mitos de su generación, ambientes tocados por los maestros más inconfesados y modos de escritura en los que la ambigüedad es premisa necesaria, traza un discurso imaginario sobre ese hecho, filosofía y cotidianidad, que es el poder.

En la débil frontera entre la vida y la muerte, en un aire de fiesta carnaval, el personaje de Félix de Azúa comienza su peregrinación por lo cotidiano en busca del nombre. Fuera, personajes y máscaras: algunos, de tintes realmente humanos; otros, emblemas voluntariamente estilizados, van preparando una trama que sería bastante para interesar al lector, si no hubiera, además y por encima, la reflexión permanente, no sólo en el discurso mismo, sino en el modo en que éste ha sido escrito. Efectivamente, ese individuo sin principios, condenado a la muerte, que es simplemente porque aparece, y que ambiguamente narra la novela, ve desdibujarse su propia figura, una figura que nunca tuvo contornos prefijados, a búsqueda de su identidad.

Aparece aquí el poder como la inmensa máquina, impersonal —o justo el fundamento de lo que conocemos como persona—, de la

que apenas puede escaparse por la muerte. Ni siquiera los que quisieron colocarse en sus márgenes pueden sentirse realmente fuera. Tal vez, la maquinaria del poder —que traspasa al Estado, lo multiplica, lo convierte en absoluta presencia permanente y ambiguamente obsesiva— necesita también de esos seres marginales, carne de esperpento. Nombres que son sombras, Félix de Azúa ha querido que sus personajes se muevan con el ritmo oscuro de los sueños, aunque una implacable lógica, unos valores pútridos pero activos, mueven los hilos de la farsa.



Félix de Azúa.

El discurso se produce como si fuera pensado. Los diálogos falsos, acotados por un uso atípico del paréntesis, permiten el salto de perspectivas y añaden ambigüedad al personaje narrador. Las palabras funcionan, como en la poesía, cargadas de su propia lógica, cerrando en la sintaxis un sentido cada vez más complejo, y concediendo a veces, pocas, el valor de nombramiento descriptivo, adjetivo. La frase, más que gramatical, responde larga y complicada a los ritmos de la razón, y sólo un debilísimo hilo casi subyacente evita la frialdad que este lenguaje —ligado, por otra parte, a lo mejor de nuestra tradición— transmite. El texto, con su escasa llamada a los sentimientos, con su apoyo en lo racional, en el lector macho de la novela moderna, es —salvo en la ventanita del epílogo— opaco y

con vocación de autónomo: es, antes que otra cosa, reflexión imaginaria, representación analógica de lo real. Quiere significar y significa. Pero queda esa otra lectura: tal vez *Las lecciones suspendidas* sea, antes que otra cosa, una historia de amor. Una historia terrible y simple, escondida y castrada por el saber y por el poder, sublimar y obsesiva, desgraciada, con la grandeza de los fracasos y la miseria de los fracasos. Tal vez es la historia de una desilusión, en la que entran todos los mitos: Diótima o Clestina. Cuando él se desencuentra definitivamente,

cuando las presencias sucesivas no pueden ser la única mujer, llega la muerte. Tampoco, ni siquiera en la perspectiva de ese gran lector que es Félix de Azúa, el amor puede salvar. Y aunque ella, la mujer de tantos nombres, escurridiza y agazapada en los huecos de la memoria, llega a encarnar la búsqueda, él, radicalmente ajeno al mundo, separado a la caza de su nombre, por el uso mismo de la palabra, no ha sabido o no ha podido tender el puente. Hugo es drástico: "Debió buscarla por todas partes. Debió volver a los lugares que ella habitó. Buscó sin esperanza, pues bien sabía él cuál era el único lugar que la contenía". "Sí, porque ya ella, de haberla encontrado, no sería la misma". ■ ROSA MARIA PEREDA.

La magia
de las cosas
cotidianas

Desde Rousseau, el enfrentamiento entre civilización —sociedad— y Naturaleza, constante aunque bajo formas diversas, ha dado frutos de interés en la literatura y en el arte. El *hombre de arena* (1), de Jean Joubert, se inscribe en esa línea de búsqueda de la vida elemental y rechazo de la artificiosidad industrial y civilizada; uno de los títulos anteriores de Joubert, *Un bon sauvage*, explicita ya los derroteros del novelista que, en *El hombre de arena*, sin búsquedas formales, sigue una línea narrativa simple: de cualquier modo, en el lenguaje se percibe siempre la presencia del poeta, la utilización frecuente de imágenes espontáneas que denuncian el trasfondo surrealista de la formación del autor; en su lírica —no olvidemos que Joubert es, además de narrador, poeta—, expone como característica más notoria de su escritura la conciliación entre la pasión real y la pasión soñada, también presente en *El hombre de arena*: de hecho, la mayoría de las páginas dejan a un lado el relato puro para penetrar en el movimiento anímico del protagonista: fugitivo de la civilización urbana, se convierte, paradójicamente, en agente de esa civilización destructora en medio de la naturaleza más primitiva y elemental: unas marismas del Sur, aún vírgenes y salvas de la industria, del turismo o cualquier otra invasión: sólo la sal, su olor impregnando los ámbitos por los que se dispersan veloces caballos de largas crines sin montura, arenas invioladas ni holladas, mujeres de acre sudor que huelen a pimienta son el fondo de un cuadro protagonizado por unos lugareños que defienden sus tradiciones, la inviolabilidad de sus tierras pese a las promesas que la sociedad del dinero les hace: pero ya conocen lo que tras el dinero viene: la ristra de banqueros, políticos y arquitectos sólo dejarán la destrucción en un entorno

(1) Jean Joubert: "El hombre de arena". Trad. Emma Calatayud. Ediciones Alfaguara. Madrid, 1977.

(1) Félix de Azúa: "Las lecciones suspendidas". Ediciones Alfaguara. Madrid, 1978.



Jean Joubert.

natural con el que ellos están plenamente identificados, pues forma parte de su respiración. Hasta el protagonista llega a identificarse con ese paisaje, con esa mujer que encarna precisamente el ancestro misterioso: "Me parecía descubrir en ella a la mujer paisaje de nuestros antiguos mitos". Ya resulta significativo el nombre de "Moirá", que en griego equivale a suerte, destino. Y las palabras bruja, magia, misterio están siempre rondando las acciones de esa mujer que en la última página de la novela se convertirá en reclamo —su elemental primitividad— para el protagonista: retorno que supone en primer lugar la destrucción del mito de la civilización, del progreso destructor: el intento de construir en medio de las marismas salvajes una ciudad de nueva planta, pese a las intenciones que guían al arquitecto Durbain, está manipulado por banqueros que esperan espléndidos beneficios en un futuro no muy lejano; la lucha sin cuartel de los lugareños, envuelta en el misterio, siempre sin protagonista fijo, como una nebulosa que se abalanza sin límites definidos, acabará con las pretensiones "civilizadoras": los grupos de hombres que se han presentado, de mala gana y en escaso número, a trabajar en la nueva ciudad por unos altos salarios, incapaces siquiera de tentar a los más, resultan insuficientes; de las montañas la empresa tiene que traer hirutos pastores silenciosos que pasan por la novela sin que el autor se concentre en ellos: son los pueblos comarcanos los que interesan al novelista, que vigi-

lan sin que nadie sea visto, que amenazan en la oscuridad, que preparan sus trampas y que incendian las nacientes bases de la urbanización: aunque sea en última instancia la oposición de los banqueros, asustados por el cariz que toman los acontecimientos, lo que acaba con el

proyecto, lo cierto es que son ellos, los primitivos seres que defienden su derecho a ámbitos propios, los que burlan los servicios policiales, los que incendian, los que terminan por vencer y convertir los asentamientos ya hechos en montones de cementos roídos por la sal pro-

cedente del mar y las arenas: son ellos, agentes de la Naturaleza que se rebela contra tales ataduras. Marc, el administrador del arquitecto y el narrador, se ve tironeado alternativamente por su pasión hacia Durbain, su admiración por las nuevas teorías arquitectónicas que

ADIOS A LAS LETRAS

Umbral Armas Tierno

Umbral le dice a María Asquerino que escriba. Los escritores buscan desesperadamente la competencia de la mujer: no hay mejor batalla literaria que la batalla entre los sexos. Si María Asquerino hubiera sido la Simone de Beauvoir de un Umbral sartriano, este país se hubiera divertido de otra forma. Pero María Asquerino se ha decidido ahora a escribir, cuando ella está en paro y Umbral ya ha renunciado a tener una compañera femenina de la pluma. Umbral usa sólo la pluma de escribir, no la comparte con nadie, como el rey, que va a usar una pluma de oro un día y luego la va a dejar en una vitrina. Habría que pedir que Umbral dejara también en una vitrina los dedos mágicos con los que se muestra tan prolífico. Umbral tiene dedos para rato. O tiene gatos para enredos. El otro día presentó una nueva muestra de su genio generoso: un estudio sobre otro. El otro es el mismo, casi siempre, como decía Jorge Luis Borges. En este caso, el mismo es Ramón Gómez de la Serna, sobre quien el autor cotidiano del "Diario de un snob" periodístico vuelve a demostrar que desciende, asciende, se queda en medio y se revuelca en los géneros literarios como si fuera un pez multicolor de sangre caliente.

Fue una semana de presentaciones. J. J. Armas Marcelo, algo así como un fuego volcánico de escritura imparable, presentó, de la mano de Caballero Bonald, uno de los maestros de ceremonia más precisos de esta década, su novela "Calma", que Sedmay editó como si tuviera prisa: mal y pronto. Estos editores se olvidan siempre de que un escritor se lee desde la portada. Ellos quisieron hacer un best-seller e hicieron un churro del que no es en absoluto responsable el autor. Armas Marcelo rechazó en esta presentación la portada de su libro y lo que la portada implica: de la impresión de que J. J. Armas Marcelo hizo su historia para aprovechar una coyuntura concreta: el presunto secuestro y muerte de un

conocido industrial canario. En realidad, lo que este libro denso quiere contar es lo que hay detrás de la turbiedad (Caballero Bonald usa esta palabra como si sólo tuviera erres) del clima insular en el que el escritor ha vivido como rodeado por monos que cruzan de un lado a otro, apoyados en lianas finísimas de las que de vez en cuando pende la impotencia, el hastío y la bruma, la calma isleña e intranferible.

El tercer sustantivo de esta crónica fue tierno. Tierno Galván es un ser tierno que no se atreve a decir más palabra malsonante que el término cachondeo, que habrá aprendido en esos restaurantes a los que va para ser molestado por jóvenes intoxicados de la extrema derecha. Pero Tierno, secretamente, detrás del escudo de la Villa y Corte, de la que pretende ser alcalde, y más allá de sus relaciones con el PSOE, está invadido por la ola de erotismo que comenzó a llegar a este país poco antes de que empezara a agonizar el arzobispo dimisionario de Zaragoza. Tierno Galván leyó a Miller y fue convocado por Alfaguara para que presentara la novela "Sexus", de este autor norteamericano que quisiera ser japonés. Fue coser y cantar para el viejo profesor de sesenta años de edad. Desarrolló una lección magistral en la que demostró que Henry Miller es lo que él mismo parece ser: un hombre que busca una idea globalizadora de la vida, un ser que usa el sexo como instrumento para demostrar que el hombre está solo y quiere respuestas. Para Henry Miller, la respuesta hallada está en el polvo del camino. Para Tierno Galván la respuesta no es la Alcaldía de Madrid, pero podría ser el socialismo. En cualquier caso, para ambos la respuesta es un cierto cachondeo vital que en Miller explota y en Tierno se queda acallado por el compromiso político, por el compromiso académico, por el compromiso de evitar una mala palabra cuando fallan las respuestas. ■ SILVESTRE CODAC.

Francisco Umbral.



J. J. Armas Marcelo.



Tierno Galván.

